

histórica. Su *Diario*, aún con retoques ulteriores, nos revela el proceso mismo de esta construcción como contemporánea a los hechos presenciados. La conciencia del historialor iba moldeando hechos dispersos de acuerdo con las expectativas, los principios políticos y hasta los prejuicios de un hombre público de la época.

De acuerdo con su clase social y con su papel de alto dignatario de la República, el señor Restrepo poseía lo que en el siglo XIX solía denominarse una sólida conciencia moral. De allí que mostrara permanentemente una cierta ansiedad sobre juicios eventuales acerca de su imparcialidad. Pero lo extraordinario de su *Historia* no reside en que el señor Restrepo haya podido mostrarse imparcial o sustraerse a las pasiones de sus contemporáneos, si se tiene en cuenta la casi nula perspectiva temporal de sus escritos históricos. En cambio sí resulta extraordinario que una masa imponente de hechos haya calzado con tanta justeza en un molde interpretativo capaz de conferirles una unidad. Después de casi siglo y medio podemos asombrarnos de que este molde no se haya modificado un ápice en nuestra propia conciencia (y me refiero aún a la de los historiadores profesionales) y que el período de la independencia siga siendo, con muy leves retoques, rectificaciones o extensiones, el que nos legó la *Historia de la Revolución* de nuestro primer historiador.

¿De dónde procede esta autoridad, al parecer incontrastable, de *La Historia de la Revolución*? Sería pretencioso indicarle a alguien que don Jo-

sé Manuel Restrepo es un historiador de primer orden. Pero nos parece que su *Historia*, casi contemporánea de los hechos que narra, es una proyección de esos hechos, se envuelve en su aura de prestigio y ha terminado por paralizar todo sentido crítico. Las fuentes mismas de Restrepo: —partes militares, oficios, discursos, proclamas y hasta las leyes y los decretos—, estaban escritos con el rabillo del ojo puesto en la historia. Su tránsito entre un destino político inmediato y la historia escrita fue muy breve. Entre el historiador y los actores de su historia existía una complicidad y aquél nos entrega con mucha aproximación la visión que los actores tenían de sus propios gestos o el valor que atribuían a sus pensamientos o a sus palabras. Cuando esto no ocurre, se debe a un fracaso en las intenciones del actor. A través de la obra de Restrepo los padres de la patria parecen haber construido su propio mito.

Aunque sus sucesores se han aplicado a ello con mucho empeño, la obra de nuestro más grande historiador se presta difícilmente a la controversia. Tratar de cazar aquí o allá, en este fluir apretado de acontecimientos expuestos con un rigor cronológico inflexible, el gazapo de una inexactitud o de un juicio apresurado no sólo constituye un ejercicio extenuante. Es una trampa inexorable. La de aceptar en su conjunto los esquemas interpretativos de Restrepo, sacrificando a la corrección de los detalles la posibilidad de una labor crítica de su empresa historiográfica.

Hay, en efecto, una gran diferencia entre lo

## La “Historia de la Revolución” de José Manuel Restrepo: Una prisión historiográfica

Germán Colmenares C.

que debería ser la crítica de una manera de construir la historia, es decir, confrontándola con muchas maneras posibles, y las meras correcciones que apuntan a documentar mejor un episodio, a controvertirlo o a interpretarlo desde una perspectiva ideológica diferente. Aún para sus contradictores, la *Historia* de José Manuel Restrepo ha constituido hasta ahora un repertorio fijo e inalterable de los hechos, susceptibles sólo de reacomodarse en una interpretación diferente. Esta es una verdadera cárcel historiográfica que ha cerrado los caminos de la investigación a la infinitud de los hechos sociales.

La crítica, en cambio, debe tomar la obra como una totalidad, como un andamiaje peculiar cuya validez o invalidez no reposa en la exactitud de los detalles sino en la manera como éstos se han combinado para producir un efecto de conjunto. Lo propio de una construcción histórica consiste en desarrollar una, entre muchas posibilidades de construcción. Y cada construcción debe aportar materiales diferentes. Por eso, la mera controversia sobre partes que están referidas una a otras de manera indisoluble no hace otra cosa que validar la construcción total.

La construcción de don José Manuel Restrepo posee una estructura característica. Ella está basada en órdenes superpuestas de tensiones internas. Podríamos hablar de hipótesis informuadas. Sólo que, a diferencia de las hipótesis, la función de estas tensiones es en gran parte retórica. Están destinadas a proveer de un clima dramático al relato, no de proporcionar un esquema interpretativo coherente. Son más un comentario —casi siempre moral— que un modelo.

2.

La más aparente, que recorre toda la obra de una manera sistemática, es la tensión entre el imperio de la ley, el afianzamiento de instituciones permanentes y las pasiones individuales. Aquí hay una tensión obvia entre la permanencia y lo errático y circunstancial. El gran tema que subyace en esta contraposición es el problema de la formación del Estado o de cómo mantener incólume, a través de un cuerpo permanente de leyes, la integridad de una nación.

El historiador era consciente de los obstáculos a un consenso sobre la forma fundamental del Estado. En cada caso la adhesión a un principio sobre esta forma eventual revestía las características de un pronunciamiento personal o la defensa de los intereses de un grupo. La búsqueda de un Estado fuerte —que Restrepo favorecía— no era otra cosa que la consagración de un *status quo* en el que difícilmente hubieran encontrado acomodo fuerzas sociales emergentes. La permanente agitación política reflejaba la búsqueda de estos acomodos que, dados los abismos de desigualdad, no podían encontrar un punto de equilibrio. Pero Restrepo no perseguía las raíces sociales de las perturbaciones políticas. Estas tenían a lo

sumo un origen en anomalías de carácter moral. Por eso se contentaba con especular:

Acaso este vicio de no cumplirse las leyes, que aún subsiste en la Nueva Granada, nace de la forma de gobierno republicano, en el que un gran número de ciudadanos concurren a su formación, y por lo mismo no se veneran por ellos. Era muy diferente el respeto que profesábamos a la obediencia que se prestaba a las leyes cuando emanaban del Gabinete de Madrid, sancionándose a dos mil leguas de distancia de nosotros, las que se ejecutaban con vigor y exactitud por los agentes del Gobierno español <sup>(1)</sup>.

De esta manera, pese a que el tema central de la *Historia* sigue siendo el problema del Estado y la Nación, el historiador se ve arrastrado a registrar, mal de su agrado, las anomalías que tan frecuentemente obstaculizaban la permanencia de las leyes. Acaso la palabra más reiterada en toda la *Historia* sea la palabra "pasiones": "bajas pasiones", "fuertes pasiones", "innobles pasiones", "pasiones rencorosas", "pasiones irritadas", "pasiones encontradas", "pasiones vengativas", "pasiones dominantes de la época", "pasiones exaltadas", "triste cuadro de pasiones", "acaloradas pasiones", "torrente de pasiones", "pasiones tan interesadas como rencorosas", "funesta obra de sus pasiones y desaciertos", "las pasiones que agitan a la multitud cuando han sacudido el yugo de las autoridades", amén de la designación de pasiones particulares: "envidia", "odio", "negra ingratitud", etc., el catálogo de abjetivos y de explicaciones fundadas en la naturaleza moral de las pasiones es inagotable. Los personajes de Restrepo están moldeados en patrones teatrales en los que las pasiones animan la trama de la historia.

El punto culminante de su historia sobre la Gran Colombia lo constituyen sin duda los sucesos de abril de 1826 en Venezuela, que iniciaron la disolución de la creación política del Libertador. En el relato, pese a la desaprobación moral implícita, las observaciones de Restrepo quieren hacer justicia a una dimensión trágica de los personajes con observaciones como ésta:

Mas el corazón de Páez no se hallaba en el estado de calma que parecía indicaban sus comunicaciones al Gobierno Nacional...

Y, como en una obra de teatro, en el párrafo siguiente asoman

...consejeros pérfidos... (que) se aprovecharon de aquella rabia y enojo.

1. Se echa de menos una edición crítica de la obra monumental de don José Manuel Restrepo. Para estas notas hemos utilizado las dos ediciones populares, la de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana y la escolar de Bedout (ambas con varias fechas de reimpresión). Las referencias se harán sobre todo a los volúmenes de la Biblioteca Popular. *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional*. VI, 399.

El drama interior de Páez culmina así:

El general Páez, no escuchando más que la voz de su profundo resentimiento y de sus impetuosas pasiones, marchitó los laureles de su gloria, y se presentó al mundo que lo observaba, como un faccioso <sup>(2)</sup>.

El historiador quiere comunicar a unos espectadores hipotéticos un proceso interior de impotencia, rabia y despecho que, como en los héroes de un drama, proyectaba una situación objetiva teñida de fatalidad y que iba a envolver a toda una nación.

En el origen de las facciones de Bolívar y Santander encontramos una explicación psicológica semejante. El historiador nos ha preparado con el relato de incidentes aislados que presagiaban la discordia. Finalmente, en 1827, cuando el Libertador hacía aprestos de tropas en Venezuela para sofocar la rebelión de la tercera división auxiliar en el Perú que se había apoderado de Guayaquil, el general Santander habría perdido toda mesura y se dedicaba a estimular proyectos separatistas de Vicente Azuero y otros amigos. Contra la moderación que le aconsejaban unos, se veía arrastrado por las incitaciones de sus íntimos:

...de aquí esas vociferaciones de Santander, quien decía públicamente que le sería muy fácil oponerse y vencer en la guerra al general Bolívar, y que ésta debía declararse para conservar las libertades públicas... Lo más admirable es que proposiciones tan escandalosas las propalara delante de su consejo, de algunas diputaciones del congreso y de otras varias personas. Estaba privado de la cordura y circunspección que demandaba su alta posición social. Dejábase arrastrar por los raptos de sus pasiones y de su genio brusco, que nada respetaba cuando perdía la paciencia... <sup>(3)</sup>.

La obra de don José Manuel Restrepo está a medio camino entre la tradición del pensamiento racionalista del siglo XVIII, que había animado las concepciones revolucionarias de 1810, y las modas románticas que prevalecían en la mitad del siglo XIX. Por eso sería tentador interpretar las tensiones de *la Historia de la Revolución*, entre las exigencias de una permanencia institucional y el obstáculo irracional de pasiones circunstanciales, como el resultado de influencias culturales contradictorias.

3.

Por debajo de las tensiones más ostensibles entre la intangibilidad de la Ley y las "pasiones" fluyen otras cuya formulación no es tan explícita. A veces semejan un cuadro chinesco de sombras en el que se proyectaban los temores más íntimos del historiador y de los miembros de su

c'ase social. O al revés de un tapiz en el que las escenas aparecen desdibujadas, casi como una caricatura de su envés. Formuladas de una manera explícita serían aquellas tensiones resultantes de identificar la legitimidad con las acciones de una clase social (a la que pertenecía el historiador) y la amenaza del caos y de la anarquía con las de las castas y las de la plebe. Sin embargo, la aprobación o la desaprobación implícitas del historiador no revisten la apariencia de una disyuntiva tan tajante. Su desconfianza instintiva de los movimientos populares, de "las pasiones que agitan a la plebe", estaba balanceada por una desaprobación igualmente enfática de las "pasiones" individuales, aquéllas que aparecían con dimensiones heroicas en los miembros de su propia clase social.

Veamos un ejemplo de este tipo de tensiones. Presionado por solicitudes de sus partidarios, el Vicepresidente Domingo Caicedo (a quien Restrepo atribuye una y otra vez "un carácter bondadoso en extremo") asumió el poder ejecutivo el 14 de abril de 1831 para desautorizar la tambaleante usurpación del general Rafael Urdaneta. Las provincias de Neiva y Mariquita colaboraron con reclutas, caballos, víveres y otros recursos para el restablecimiento del poder legítimo.

Para todo esto —comenta el historiador— servía mucho el influjo de Caicedo y el de sus hermanos y parientes en dichas provincias, decididos a sostenerle: todos franquearon voluntariamente los caballos y ganados de sus haciendas <sup>(4)</sup>.

Este acopio de recursos y el apoyo aparentemente tan espontáneo de los paisanos del general Caicedo contrastan con la situación del general José Domingo Espinar, antiguo Secretario de Bolívar, quien, para sostenerse, había buscado el apoyo de las castas:

Como ni por su familia ni por sus precedentes en Panamá... podía considerarse con el apoyo de la clase pudiente y notable de la provincia, lo buscó en los negros, en los mulatos y en el resto de la plebe <sup>(5)</sup>.

Por encima de sus simpatías políticas, el historiador Restrepo colocaba los valores de la legitimidad. Pero lo que convertía en particularmente ominoso el movimiento de Espinar eran estas alianzas que buscaban "desunir las clases de la sociedad". Espinar, que pertenecía a "la clase del pueblo a quien excitaba" insolentó a negros, mulatos y al "resto del pueblo bajo" contra blancos y vecinos distinguidos <sup>(6)</sup>. Al año siguiente expresaba que haría de Panamá una "república semejante a Haití" y con ello "consiguió aterrar a los blancos" <sup>(7)</sup>.

También en Cali el pueblo bajo se pronunció por el Libertador y dirigido por algunos oficiales

2. VI, 385-87.

3. VII, 63.

4. VIII, 32.

5. VIII, 129, 210.

6. *Ibid.*

7. *Ibid.*



puso sitio a un cuartel con el grito de "mueran los blancos y viva el Libebrtador". En Riohacha el trasfondo social era el mismo pero el partido diferente. Allí "se habían levantado contra la tiranía del general Bolívar... porque la sangre de Padil'a pedía venganza" (8).

El señor Restrepo, como cualquiera de sus contemporáneos, no podía contemplar imparcialmente las fuerzas sociales desatadas por las guerras de independencia. Durante el decenio de los veinte había un especie de consenso sobre el valor relativo de las castas. Siempre se destacaba a los pardos como el elemento mejor dotado de valor, de imaginación, de iniciativa y hasta de un deseo manifiesto de mejoramiento social. Pero este juicio iba acompañado de reservas. Por ejemplo, según Restrepo,

Casi todos los generales y coroneles de Colombia eran hijos del pueblo y algunos pertenecían a las castas. Su amor a la independencia y su valor indomable los había elevado a los primeros grados en la milicia. Ocupaban, pues, una alta posición social; pero la mayor parte no recibieron la educación conveniente, ni habían adquirido después alguna instrucción. De aquí provenían los excesos y los vicios de algunos, que eran insostenibles en la sociedad, y por tanto aborrecidos... (9).

Los guerrilleros del Patía no ocupaban una alta posición social ni amaban la independencia. Al parecer, sus vicios eran peores:

Los delitos cometidos, el amor al robo y al saqueo, el odio contra el gobierno republicano... y sobre todo las exhortaciones de frailes fanáticos que persuadían a hombres ignorantes... (10).

Este juicio rotundo seguía sin modificarse veinte años más tarde:

Solamente la ignorancia, unida a los deseos de aprovecharse del pillaje y del desorden, podía mantener a muchos de los patianos en su obstinada lucha contra la República (11).

Después de las victorias decisivas en Nueva Granada y Venezuela, Restrepo se hacía eco de temores muy difundidos sobre una posible guerra de castas. El 23 de marzo de 1823 registraba en su diario:

En los llanos de Apure, provincia de Barinas, se descubrió una conjuración en el mes de febrero, tramada entre varios negros contra los blancos. Algunos de los autores han sido aprehendidos, pero no todos, pues hay comprendidos hombres muy peligrosos. Tenemos este gran peligro en Venezuela, a donde hay mucho negro atrevido, valiente y empen-

8. VIII, 133, 138.

9. VII, 265 nota.

10. Bedout, I, 206.

11. VI, 31.

dedor; es muy probable, y el Libertador siempre lo pronostica, que concluida la guerra con los españoles tengamos otra con los negros. Santo Domingo es un funesto ejemplo y de allí deben partir las centellas del incendio <sup>(12)</sup>.

El 9 de julio volvía a expresar las mismas alarmas:

Es muy crítica la situación de Colombia respecto de los pardos. En Venezuela se han descubierto ya dos conspiraciones para comenzar una guerra de exterminio contra los blancos... En la provincia de Cartagena se han notado en estos días semillas de desunión con los pardos. Se dice promovidas por el senador Remigio Márquez, a quien se le ha mandado venir a la capital. Si pronto no tenemos una fuerte inmigración extranjera, la república corre mucho riesgo de una guerra civil intestina con los negros y mulatos, y Venezuela prontamente es perdida <sup>(13)</sup>.

Estos temores se reflejaban mucho menos espontáneamente en la *Historia*. Aunque el tono fuera siempre reprobatorio, en ella intentaba al menos una explicación. Así, con respecto a la amenaza de la guerra de castas en los llanos venezolanos, encontraba que los llaneros estaban habituados a vivir de la matanza de reses que pastaban libremente en esas sabanas. Terminada la guerra, los vencedores iniciaron un proceso de apropiación legal que favorecía a los oficiales del ejército y que privaba del sustento a los llaneros que fueron perseguidos como cuatrerros <sup>(14)</sup>.

Aunque la temida guerra de castas no se concretizó jamás sino que apenas dio pábulo a las alarmas en incidentes aislados, el historiador la anunciaba una y otra vez <sup>(15)</sup>.

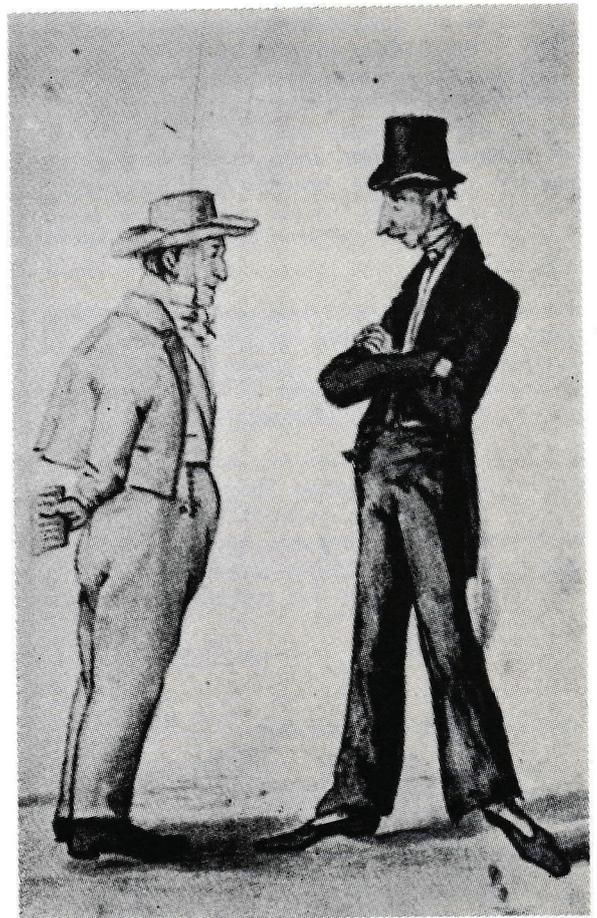
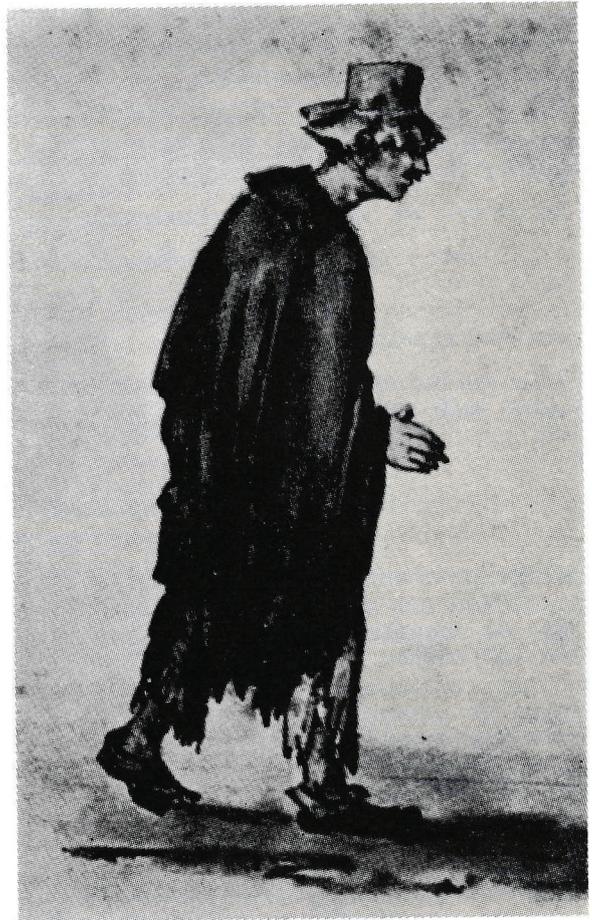
Restrepo, que no se hacía ilusiones sobre las motivaciones de la participación popular en política, desconfiaba de ella. En las ciudades, era el producto de los demagogos que excitaban las pasiones de la plebe y en la guerra irregular el de las expectativas del pillaje. Para un historiador contemporáneo que se dedicara a pintar de nuevo el vasto fresco del proceso revolucionario ésta podría parecer una explicación ingenua e inconveniente. Pero el señor Restrepo poseía una buena dosis de realismo político como para proporcionarnos la única explicación lógica de cómo una guerra impulsada por minorías iba envolviendo a estratos cada vez más amplios de la población. El mecanismo no era otro que el odio por las ofensas infligidas o el temor que inspiraban las represalias. En muchos casos, y el caso más sobresaliente podría ser el de Pasto, estas reacciones se confinaban a los habitantes de una provincia o aún entre pueblos vecinos, sin que respondieran a un designio mucho más amplio.

12. *Diario Político y Militar* (Bogotá, 1954) I, 211.

13. I, 222.

14. *Historia*, VI, 287.

15. VI, 108, 116, 144, 151, 287, 289, 292, 434, 451, 478, 483, 490, VII, 75, 78, 98, 126, etc.



El esquema se repite una y otra vez. En 1813, Gabriel Piñérez, Vicepresidente de Cartagena amenazaba a los de Santa Marta con expropiarlos en favor de los extranjeros:

Desde que los habitantes de aquella provincia supieron tal promesa, todo hombre fue soldado y la guerra se hizo popular <sup>(16)</sup>.

La dureza de Sámano en Popayán,

... afirmaba más y más en sus corazones el amor a la Independencia y avivaba los deseos de que llegasen pronto las tropas libertadoras de los patriotas <sup>(17)</sup>.

La rivalidad entre Cartagena y Santa Marta indujo a cada una a incendiar los pueblos de la rivera opuesta del Magdalena para buscar el control de esta vía:

con estos mutuos excesos la guerra se hacía con encarnizamiento y era popular <sup>(18)</sup>.

Todas las grandes crisis, en el relato de Restrepo, poseen una carnadura social levemente sugerida. Al ocuparse de la rebelión del batallón Callao que impuso la dictadura de Urdaneta, observa, casi casualmente, que estas tropas tuvieron el apoyo de "campesinos ricos" de algunos pueblos de la sabana <sup>(19)</sup>. Un poco más adelante describe el pronunciamiento en el que intervinieron, además de los cabildos municipal y eclesiástico, "bastantes campesinos de los pueblos inmediatos" <sup>(20)</sup>.

Estas observaciones, sobre las que el autor no hace énfasis, constituyen en cambio un motivo central de las anotaciones de su *Diario*. Desde el momento en que comienza a registrar los movimientos del Callao menciona la colaboración de las milicias de Funza, Serrezuela y Facatativá y de algunos "orejones" o propietarios de la Sabana. Al día siguiente precisa que en la rebelión "hay comprometidos varios campesinos de responsabilidad. En los campos y pueblos de los alrededores existe un fuerte partido por el general Bolívar y contra el actual gobierno". Y el 14 de agosto comenta:

Se dice que en los pueblos inmediatos hay mucho entusiasmo por la facción. Es admirable que a hombres tan ignorantes les hayan podido hacer comprender la idea de que convenía cambiar el ministerio.

En los días siguientes, hasta el desastroso combate del 27, el señor Restrepo vuelve una y otra vez sobre estos campesinos. El 1º de septiembre anuncia el proyecto, que califica de farsa, de proclamar a Bolívar o a Urdaneta "y que al efecto han llamado a los campesinos, que serán

el instrumento para destruir el gobierno legítimo". El dos de septiembre registra la presencia, en la proclamación, de "bastantes campesinos de los más miserables". Y comenta:

Los autores de tal acta fueron, con muy pocas excepciones, personas de ninguna representación. Los vecinos respetables de la capital no quisieron concurrir, y otros que asistieron no firmaron por no asociarse con gente tan ruin... Después de la farsa, el bajo pueblo sacó por las calles el retrato del general Bolívar con músicas y vivas al partido vencedor... mas no iban en la procesión cuatro personas decentes, de modo que los mismos autores de esta farsa ridícula quedaron avergonzados de tal pronunciamiento...

El *Diario*, que se originaba en una experiencia directa de los acontecimientos, nos comunica una visión más plástica del episodio. La *Historia* se contenta con usar este testimonio de manera eíptica y hace más énfasis en otros aspectos. Por ejemplo, con ayuda de una documentación adecuada, corrige una primera impresión, al parecer bastante extendida en el momento mismo de los acontecimientos, de que el Libertador había inducido a la rebelión del Callao y establece la responsabilidad de Urdaneta, la cual se desconocía en el momento de escribir el *Diario*.

El historiador hace justicia a uno y otro personaje. Pero no a los campesinos, cuya importancia disminuye en el tránsito del *Diario* a la *Historia*. El señor Restrepo podía, sin duda, advertir claramente su condición a simple vista. Podía inclusive distinguir entre los "orejones" o propietarios rurales acomodados y los humildes parceleros o peones agregados "de lo más miserable". Infortunadamente para la historia social el señor Restrepo utilizaba una convención social contemporánea, cuyo contenido le era tan familiar que no valía la pena detenerse a elaborar sobre ella. Para nosotros, sin embargo, subsiste la pregunta ¿quiénes eran estos campesinos?

El sesgo ideológico del señor Restrepo es muy claro. Su desaprobación era completa y sin reservas hacia los actos que atentaban contra las instituciones y contra la legitimidad, aún si él mismo se contaba entre los partidarios de Bolívar. Pero esta desaprobación estaba reforzada por una censura social de los participantes en el drama (o farsa, como él lo llama). No sólo el movimiento estaba manchado por su ilegitimidad frente a las instituciones sino también por sus participantes. Florencio Jiménez, comandante del Callao, era un "pardo de Venezuela". La insurrección misma no presentaba "jefes ninguno capaz de mover a la multitud". Pero sí, aparentemente, a "campesinos" de la sabana.

Pese a sus reservas hacia Urdaneta, Restrepo registra en su *Historia* que "multitud de personas respetables de Bogotá le instaron para que se encargara del poder ejecutivo" <sup>(21)</sup>. Esta aparición de Urdaneta retornaba las cosas a la normalidad:

16. Bedout, I, 280.

17. I, 307.

18. I, 317.

19. VIII, 102.

20. VIII, 114.

21. VIII, 118.

veteranos, reclutas de milicias, campesinos pobres y ricos y otros personajes un poco siniestros que se habían asomado al umbral de la historia volvían a ser lo que se esperaba de ellos, una mera comparsa que no podía eclipsar sino por un momento a los verdaderos actores del drama.

4.

A la estructura de tensiones internas que animan la *Historia de la Revolución* se ajusta un estilo narrativo. El narrador es omnisciente y goza de una ubicuidad que le permite recoger una multitud de incidentes aislados que gozan de una homogeneidad sorprendente. A menudo repite la misma convención retórica:

Dejemos que el Cuerpo Legislativo discuta en la calma y quietud de la capital los grandes intereses nacionales, y veamos el curso que habían tomado la guerra y los acontecimientos militares <sup>(22)</sup>.

Y, unas páginas más adelante, para retomar el asunto:

La unidad histórica ha exigido que hasta ahora nos hayamos ocupado seguidamente en referir las operaciones militares ocurridas en el lago de Maracaibo... es ya tiempo que varíemos tan enojosa tarea, ocupándonos de narrar las operaciones pacíficas del primer Congreso Constitucional de Colombia. Lo dejamos reunido en Bogotá... <sup>(23)</sup>.

El historiador está preso en las convenciones de su estilo. La materia histórica debe fluir en una secuencia cronológica rigurosa y, cuando se decide a romperla, sólo puede ser en gracia a la unidad episódica.

La "enojosa tarea" constituye un deber. ¿Cómo podría ser otra cosa? El historiador registra, una por una, transcribiendo secos partes militares en una narrativa que apenas agrega la cosmética de un estilo convencional, todas las acciones de armas, aún las más anodinas, de la guerra magna. Escaramuzas, emboscadas, marchas y contramarchas, movimientos envolventes y de flanco, estrategias y combates no son la ilustración de una tesis. Cada uno posee un valor por sí mismo puesto que constituye un fragmento de una materia sagrada. El historiador oficia, como un sacerdote, ante el altar de la historia. Su relato constituye una salmodia o una letanía que va leyendo la historia como en un libro ritual. El estilo tiende a una solemnidad hueca, con una gran profusión de fórmulas neutras para loar el

22. VI, 167.

23. VI, 199.

"valor", el "desprendimiento", la "magnanimidad" o para condenar con conmiseración la "cobardía", la "traición", la "crueldad", etc. La guerra es un espectáculo moral y en la contemplación de cualquier carnicería "la pluma del historiador" no debe perder "la calma filosófica". La moderación misma de los combatientes es el fruto de la "filosofía y la ilustración".

5.

En Colombia, don José Manuel Restrepo es el autor original de un epos patriótico que más tarde se desenvolvería en ciclos dramáticos, como una materia inagotable. Cualquiera podía apropiarse de episodios aislados de esta materia para cambiar el énfasis aquí, acentuarlo más allá y desprender viñetas localistas o multiplicar el panteón de los héroes de provincia. Las series dominicales de televisión de don Eduardo Lemaitre perpetúan esta tradición en la forma más popular de fascículos por entregas: el de las telenovelas inacabables.

La autoridad de la interpretación del señor Restrepo puede medirse aún en las reacciones que ha despertado. En tanto que las tensiones que subraya en la *Historia de la Revolución* entre la formación del Estado y el comportamiento azaroso de las "pasiones" se ha constituido en el cuerpo de una interpretación oficial y de la iniciación escolar en la historia, el revisionismo histórico se apega religiosamente a las tensiones entre las castas y la pretensión a la legitimidad de los criollos.

Indalecio Liévano Aguirre, el más radical de los revisionistas, no iba más allá de invertir los términos de estas tensiones, haciéndolas explícitas y colocándolas en un primer plano. Con este procedimiento sustituirá un agente histórico por otro pero conservando en su integridad el esquema dramático de Restrepo.

Esta inversión revela las posibilidades de la *Historia de la Revolución* para un tratamiento de los aspectos sociales de las guerras de independencia. Pero en modo alguno constituye una historia social. La inversión que opera con Restrepo es tan radical que quiere convertir las guerras de la independencia en guerras sociales. Lo cual no fueron, obviamente. Otra cosa es que haya habido incidentes de guerra social. Pero una historia social de la independencia no tendría por qué reducirse a estos incidentes, más o menos aislados. El cuadro general del período es mucho más vasto e incluye infinidad de aspectos de la paz y de la guerra, de los abastecimientos, de la ruina, de los reclutamientos, de las castas, del desplazamiento de los hombres, de las regiones, de las ciudades y de los pueblos. Aunque la materia de la *Historia de la Revolución* no sea ésta, posee al menos la ventaja de insinuar todos los temas posibles de investigación.

Después de 1902, son visibles en Colombia los contornos de la nueva sociedad industrial e insistente la preocupación por movilizar todos los recursos internos en tal dirección. Un paso adelante se había dado en las últimas décadas del siglo XIX con la creación de la *Facultad de Ingeniería* de Bogotá y la *Escuela Nacional de Minas* de Medellín, aunque la vinculación de la ingeniería con ese naciente proceso industrial aun no había sido definida en sus términos exactos. Con los presagios de la nueva época, una pregunta inquietaba a los directores de ambas escuelas: ¿Qué tipo de matemáticas enseñar a los estudiantes de ingeniería? Tan pronto como los términos del problema fueron dis-

puestos en una nueva relación lógica, fue posible que ocurriera una primera aproximación entre ingeniería e industria de consecuencias favorables sin antecedentes para el desarrollo de las *fuerzas productivas* del trabajo nacional.

## I

A lo largo de la centuria pasada el país había presenciado la discusión entre sus reformadores sociales acerca de la necesidad de educar al colombiano medio en el modelo del hombre anglosajón, cuyas virtudes de entrega al trabajo, espíritu de empresa, valoración positiva de la ciencia y de la técnica, debían supe-

rar el viejo arquetipo hispánico (JARAMILLO, 1964), idea que guió la fundación de ambas escuelas aunque con énfasis distintos. Así, los planes de estudio y la enseñanza de las matemáticas en la Facultad de Bogotá fueron organizados según el modelo francés en ciencias, predominante entre los más notables profesores e ingenieros-matemáticos del siglo XIX, desde Lino de Pombo e Indalecio Liévano hasta Julio Garavito (ARBOLEDA, 1984), ascendiente que sintetizaba así uno de esos profesores: "En el *pensum* que ha regido desde hace muchos años en Bogotá y que se informó en el espíritu de la enseñanza oficial francesa, priva la idea de constituir materias o asignaturas correspondientes a cien-

# Matemáticas y subdesarrollo: La disputa sobre su enseñanza en la ingeniería colombiana de principios del siglo XX

Alberto Mayor Mora